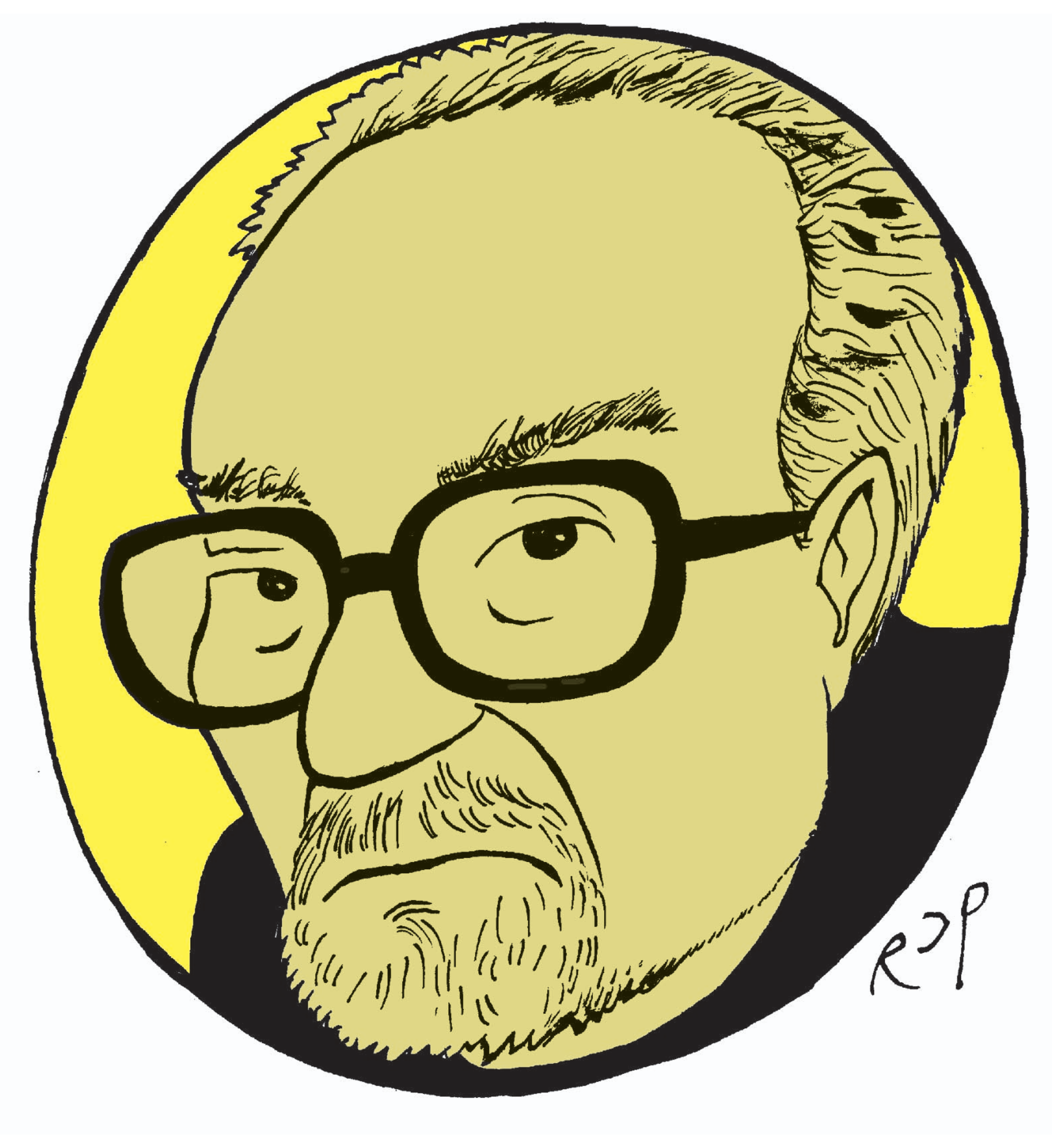


PRIMO LEVI



por Gabriel Motola, **1985**

Primo Levi nació en Turín en 1919, en el seno de una familia de clase media cuyos ancestros escaparon de la Inquisición española. En la década del 30 se vio sometido, primero a leyes raciales italianas que amenazaron sus estudios académicos, y luego a edictos raciales alemanes que amenazaron directamente su vida. Gracias a la amabilidad de un profesor que accedió a ser su consejero de tesis, pudo terminar sus estudios en la Universidad de Turín, donde obtuvo un Doctorado en química que eventualmente le salvó la vida. A principios de 1943 dejó su ciudad con un grupo de diez amigos y huyó a las montañas con la intención de unirse a "Giustizia e Libertà", movimiento italiano de resistencia. El plan quedó trunco cuando Levi fue arrestado en diciembre de ese mismo año por los fascistas, ante quienes admitió ser judío. En febrero de 1944 fue encerrado en Auschwitz. Fue allí donde, mientras trabajaba en un laboratorio químico acechado por la muerte a cada instante, tuvo conciencia de estar viviendo lo que denominó "la experiencia fundamental" de su vida.

Al terminar la guerra volvió a Turín, donde retomó su profesión de químico. En 1948, un año después de que su primer libro –*Uomini in Auschwitz*– fuera publicado (y pasara prácticamente inadvertido), Levi fue nombrado gerente de laboratorio de una fábrica de pintura, puesto que ocupó hasta su retiro en 1977. En 1975 publicó *La tabla periódica*, libro en el que, entre otras cosas, manifestó su gratitud a la profesión científica. Ampliamente reconocido como uno de los escritores más importantes de Italia, continuó escribiendo poesía, memorias, ficción y ensayos.

Primo Levi se suicidó en 1987, arrojándose por el hueco de la escalera de mármol del edificio de cuatro pisos donde vivía: el mismo edificio de departamentos donde había nacido en 1919, donde había criado a sus hijos junto a su esposa, y donde tuvo lugar esta entrevista en julio de 1985. Cuando nos encontramos, Levi me hizo pasar a su estudio; nos sentamos en un sofá de cuero y bebimos café servido por su mucama. Había una computadora sobre el escritorio, y recuerdo que comentó que le resultaba muy útil para escribir. El estudio, cuyas ventanas daban a Corso Ré Umberto, era extremadamente pulcro y ordenado, como el mismo Levi.

En su persona y su escritura, Primo Levi fue un maestro del sobreentendido. Con tono amable aunque vivaz, y con el irónico sentido del humor que se hizo cada vez más evidente en sus últimas obras, supo tratar temas tan diversos como la teoría del lenguaje de Tzvetan Todorov, la estructura socioeconómica de Italia y la necesidad de que todos los científicos estudiaran ética en la universidad como parte de su formación.

Paciente, de hablar suave, modesto, Levi fue no obstante capaz de pasiones intensas. Perfeccionó su arte trasladando a la vida las preocupaciones fundamentales de la ciencia, particularmente la concisión y la precisión. *La tabla periódica*, historia de su familia y de su época, es también el relato de su evolución personal de científico a escritor, narrada metafóricamente a través de la historia del átomo de carbono. En *Carbono*, el último capítulo del libro, Levi expone uno de sus temas principales: la representación de la materia como hilo universal que no solamente conecta una vida con otra y cada vida con la totalidad de la vida, sino también con la materia misma de la que la vida deriva. Así, esa huella infinitesimal de materia, esa partícula de carbono, adquiere un significado simbólico de proporciones cosmológicas.

Un año antes de saltar a su muerte, Levi publicó *Gli sommergi e gli salvati*, donde habló del dolor sufrido en Auschwitz, de la vergüenza que seguía atormentándolo y de la repulsión que todavía sentía, no sólo hacia aquellos que habían sido partícipes de la brutalidad, sino hacia los que hubieran podido manifestarse en contra y no lo hicieron. Primo Levi creía, como lo afirmó durante esta entrevista, que todas las personas tienen una responsabilidad hacia los otros y también hacia todos los seres vivos, no sólo por nuestra tradición ética y moral, sino porque, se trate de un mono o una manzana, todos estamos hechos de la misma sustancia.

PRIMO LEVI

Se reproduce por gentileza de Editorial El Ateneo. Este fragmento pertenece al volumen Narradores 3 *de la colección* Confesiones de escritores. Los reportajes de The Paris Review.

¿Podría decirnos algo acerca de su educación?

–Tuve una educación clásica. La formación, en aquella época, era bastante estricta en cuanto a las reglas de escritura. Por extraño que parezca, no me atraía el programa de literatura italiana. Me gustaba la química y por eso rechacé la enseñanza humanista de la literatura, que no obstante me entró por los poros sin que me diera cuenta. Me enredé en una especie de polémica con mis profesores porque insistían en la construcción apropiada de la frase y cosas por el estilo. Me enojaba mucho con ellos porque para mí era una pérdida de tiempo cuando lo que yo estaba buscando era la comprensión de los significados universales... de las estrellas, la luna, los microbios, los animales, las plantas, la química, etc. Todo el resto –la historia, la filosofía y demás– era sólo una barrera a superar para obtener el diploma e ingresar a la universidad.

Sus libros dejan traslucir un profundo y amplio espectro de lecturas: literatura norteamericana, italiana y alemana.

–Sí, a mi padre le gustaba leer. Y por eso, aunque no era rico, era muy generoso con los libros que me daba. En aquella época era diferente. Hoy es fácil encontrar libros extranjeros en todas partes, traducidos o no. Basta con ir a una librería, todo está ahí. Entonces no era fácil, porque los fascistas eran muy sagaces en el momento de hacer distinciones: este libro sí, este libro no. Por ejemplo, permitían las traducciones de libros norteamericanos o ingleses que criticaban la sociedad norteamericana o inglesa. Los libros de D. H. Lawrence sobre la vida en las minas de carbón no sólo fueron publicados en Italia sino ampliamente distribuidos, porque criticaban la condición de los mineros en Inglaterra. Quedaba implícito que la vida de los mineros italianos no era así. Lawrence confundió el fascismo con una aventura romántica, otra razón más para traducirlo. Sí. Los censores fascistas eran inteligentes a su manera. Admitían ciertas cosas y excluían otras. Como Hemingway, por ejemplo. Hemingway había sido un cuasi seudocomunista en España. Sus libros traducidos llegaron a Italia recién después de la Segunda Guerra. Por otra parte, mi padre me permitió leer a Freud a los doce años.

¿Qué pasaba con otros escritores norteamericanos? ¿Mark Twain? ¿Walt Whitman?

–Mark Twain era neutral políticamente. ¿Quién más? John Dos Passos. Traducido. Sholem Asch. Traducido. Bueno, Italia no estaba completamente aislada del resto del mundo. Melville fue traducido por Pavese. *Moby Dick* fue todo un descubrimiento; no tenía implicancias políticas. La leí a los veinte años. Ya no era un niño, pero quedé absolutamente fascinado. Cesare Pavese era un gran traductor, aunque muy poco ortodoxo. La distorsionó para adecuarla al idioma italiano. No era un hombre de mar –Pavese–, odiaba el mar. Por lo que tuvo que prepararse. Yo lo conocí. Nos vimos dos veces antes de que se suicidara. En 1950, en pleno éxito literario, se mató en una habitación del Hotel Bologna... por razones misteriosas, pero en ese caso todos los suicidios son misteriosos. Aparentemente tenía dificultades sexuales, sin llegar a ser impotente. Una especie de timidez sexual. Además era un hombre muy complicado. Nunca estaba satisfecho con su trabajo como escritor. También tenía dificultades políticas... porque durante la guerra fue seguidor del comunismo pero no tuvo el coraje de entrar en la resistencia. Y entonces después de la guerra tenía una suerte de complejo de culpa por no haber luchado contra los alemanes. Estas son algunas razones que explicarían su suicidio. Pero no creo haberlas agotado.

En *La tabla periódica* usted habla de la diferencia entre el espíritu y la materia, y sugiere que sólo a través de la materia podemos entender el universo y sus componentes.

–La filosofía fascista insistía muchísimo en el espíritu. Su slogan era: "El espíritu es el amo de la materia". Por ejemplo, el ejército italiano estaba mal equipado, pero si el espíritu dominaba a la materia podíamos ganar la guerra... aun sin los equipos necesarios. La idea era que si uno tenía espíritu podía ganar. Era una tontería, pero imperaba en el ánimo de la escuela. La palabra espíritu tenía un significado muy ambiguo en el lenguaje que nos enseñaban en las clases de filosofía. La mayoría de mis compañeros lo aceptaba. A mí me enfurecía esta insistencia en el espíritu. ¿Qué es el espíritu? El espíritu no es el alma. Yo no era creyente; no soy creyente. El espíritu es algo que no se puede tocar. En esa época me parecía una mentira oficial que insistía en algo que uno no podía experimentar con los ojos, con los oídos, con los dedos.

Hay un peligro en el espíritu... y es que pueda controlar la razón.

–Imagínese, el espíritu es instinto, no razón. De hecho, combatían la razón porque era la herramienta de la crítica. En el lenguaje de ellos el espíritu era algo muy indefinido. Un buen ciudadano debe estar a tono... ¿Conoce a Orwell? ¿Recuerda el postfacio de *1984* sobre neohabla? Fue copiado del totalitarismo. Lo cierto era que muchas cosas no funcionaban en absoluto en la Italia fascista. Pero la enseñanza sí. Se ocupaban expresamente de que los maestros antifascistas fueran descartados, castigados o despedidos, y los reemplazaban por maestros entusiastas del régimen. De ese modo las ideas fascistas penetraban sin dolor, entre ellas esta preeminencia del espíritu sobre la materia... Por esa razón elegí ser químico, para tener bajo mis dedos algo que pudiera ser verificado como verdadero o falso.

El espíritu no puede ser demostrado, excepto por aquellos que son creyentes.

–Sí. Se siguen discutiendo los mismos problemas que discutía Platón. La discusión sobre lo que significa ser, existir, si el alma es inmortal o no, no tiene fin. En cambio, en el ámbito de las ciencias naturales cualquier idea puede ser probada o refutada. Por eso fue un alivio para mí pasar de las discusiones indefinidas a algo concreto, a lo que puede ser analizado en el laboratorio, en el tubo de ensayo. Uno lo ve, lo siente.

La lectura de sus obras trae a la mente la cuestión de la ciencia y la ética o moral. ¿Se espera que el científico sea más ético que los otros profesionales?

–Yo espero que todos sean éticos. Pero no creo que la formación científica que se imparte en Italia o en Estados Unidos estimule una conciencia particularmente ética. Debería. En mi opinión, habría que advertirle insistentemente al joven que entra al Departamento de Ciencias Naturales de la universidad: recuerde que está ingresando a una profesión donde la moral es importante. Hay diferencias entre el químico que trabaja en una fábrica de pintura como yo y el que trabaja en una fábrica de gas venenoso. Uno debería ser consciente del impacto que causa sobre la vida real. Uno debería poder rechazar ciertos trabajos, ciertos empleos.

La carrera científica también amplió su conocimiento de idiomas. ¿Gracias a ella aprendió inglés y alemán?

–Solía manejarme en inglés cuando trabajaba como químico en la fábrica y hablaba con los clientes. Pero las conversaciones de negocios son más fáciles. La primera vez que fui a Estados Unidos y aparecí frente al público fue también la primera vez que hablé inglés más de diez minutos seguidos. Fui torpe frente al público. La gente hacía preguntas desde las filas de atrás, ¡a veces con acentos tan diversos o confusos que debía pedirle a alguien que tradujera las preguntas del inglés al inglés! No tengo dificultad para hablar; tengo dificultad para entender. Estudié muy poco inglés metódicamente, pero leo muchísimos libros. Tengo un léxico rico. Muchas veces conozco el significado de una palabra pero no sé pronunciarla.

¿Qué puede decirnos sobre sus conocimientos de alemán?

–Aprendí alemán en el campo de concentración. Mi inglés es incompleto pero civil, cortés. Mi alemán no, no lo era. Precisamente, no era cortés. Era un alemán de barracas. Lo aprendí en Auschwitz por razones de supervivencia. En aquella vida era necesario entender para sobrevivir. De hecho, muchos de mis camaradas murieron por no poder entender. Fueron arrojados de golpe a un mundo que hablaba alemán, idish o polaco. Casi nadie hablaba italiano... en Italia no se acostumbra estudiar alemán, y por supuesto nada de polaco o idish. De modo que era un mundo de absoluta incomprensión. Era enloquecedor, me enloquecía. De hecho recuerdo con horror los primeros días, cuando afortunadamente sabía un poco de alemán por mis estudios de química, porque en aquella época la química era un arte alemán. Muchos textos estaban en alemán y yo había estudiado un poco para seguirlos. Por eso no estaba completamente en blanco. Pero acudí a mis amigos, los camaradas de Alsacia-Lorena, que eran bilingües. "Por favor, denme lecciones veloces para poder entender qué significan esos alaridos." Los alemanes acostumbraban dar órdenes a los gritos, muy rudamente... a su manera, parecían ladridos de perro. Bueno, me las arreglé para aprender un poco más de alemán, pero el del campo era un alemán chapurreado, mezclado con palabras en polaco y en idish. No era alemán cortés. Unos años después, en 1951, fui a una ciudad cercana a Colonia por cuestiones de negocios. Una vez concluida la conversación, uno de los alemanes dijo: "Mire, de por sí es raro que un italiano hable alemán, pero su alemán es verdaderamente estrafalario. ¿Dónde aprendió a hablarlo así?". Y, a propósito, le respondí abruptamente: "Sí, señor. Aprendí en un campo de concentración. Auschwitz". Y después fue como si hubiera caído el telón. Solía hacer lo mismo con otra gente. No estoy resentido, pero era como una... prueba de tornasol para saber con quién estaba hablando. La manera de comportarse del otro o la otra era una señal... que me permitía saber si era nazi –la mayoría lo era– o si había trabajado en un campo de concentración. Después de eso, por supuesto, traté de pulir mi alemán para civilizarlo, pera volverlo presentable... particularmente el acento. No tengo reflejos condicionados hacia el idioma. No me aflige hablar alemán o escuchar alemán. Creo que el alemán es un idioma noble... el idioma de Goethe, de Gotthold Lessing. El idioma en sí mismo no tiene nada que ver con los nazis, fue distorsionado por los nazis. ¡Ya hablamos bastante del idioma alemán! Y Alemania ya no es la Alemania nazi.

¿Entonces ya no se siente incómodo cuando visita Alemania?

–Generalmente no. En los casos de Rusia y Polonia es diferente. En Polonia estuve dos veces en Auschwitz para servicios conmemorativos. Me encontré con una Polonia muy distinta: un país profundamente dividido, muy vital, con una concentración de tensiones, de intereses y de sentimientos mezclados hacia los rusos, hacia los alemanes, hacia los judíos.

¿La Polonia de hoy sigue siendo fuertemente antisemita?

–Ya no. ¡Por falta de material! Quedan apenas unos cinco mil judíos. Una mitad está en el gobierno, como funcionarios. Y la otra mitad está en Solidaridad.

¿Cuando estaba en Auschwitz esperaba recibir un tratamiento más humano por parte de los científicos que conocían su formación científica?

–No. Mi caso fue una excepción. Trabajé en un laboratorio porque los nazis descubrieron que era químico. Eramos tres de diez mil prisioneros. Mi posición era extremadamente excepcional, como la posición o situación de todo sobreviviente. Los prisioneros comunes morían. Esa era su manera de escapar. No obstante, después de aprobar el examen de química tal vez esperaba algo más de mis jefes. Pero el único que manifestó un poco de comprensión humana hacia mí fue el doctor Müller, mi supervisor en el laboratorio. Lo discutimos por carta después de la guerra. Era un hombre promedio, ni héroe ni bárbaro. No tenía idea de nuestra condición. Lo habían destinado a Auschwitz unos días antes. Estaba confundido. Le dijeron: "Sí, empleamos prisioneros en nuestros laboratorios, en nuestras fábricas. Son perversos, son adversarios de nuestro gobierno. Los ponemos a trabajar para explotarlos, pero usted no debe hablar con ellos. Son peligrosos, son comunistas, son asesinos. Así que póngalos a trabajar pero no entre en contacto con ellos". Este Müller era un hombre torpe, no demasiado inteligente. No era nazi. Tenía algunos rasgos de humanidad. Le llamó la atención que yo no estuviera afeitado y me preguntó por qué. Mire, le dije, no tenemos navaja, ni siquiera tenemos un pañuelo. Estamos completamente desnudos. Privados de todo. Pidió que me afeitaran dos veces por semana, lo que no era realmente una ayuda, pero sí una señal. También se fijó en que usaba zuecos de madera. Ruidosos e incómodos. Me preguntó por qué. Le dije que nos habían sacado los zapatos el primer día. Los zuecos eran parte de nuestro uniforme, todos los usábamos. Hizo que me dieran zapatos de cuero. Fue una ventaja porque los zuecos de madera eran una tortura. Todavía tengo las cicatrices que me dejaron. Si uno no está acostumbrado, después de caminar largo rato los pies sangran, se forman costras con la tierra y la herida se infecta. Tener zapatos de cuero fue un gran privilegio. De modo que contraje una especie de gratitud hacia ese hombre. El no era muy valiente. Tenía miedo de las SS, igual que yo. Le interesaba que mi trabajo fuera útil, no perseguirme. No tenía nada contra los judíos ni contra los prisioneros. Simplemente esperaba que fuéramos trabajadores eficaces. El relato acerca de él en *La tabla periódica* es absolutamente verídico. No pudimos reunirnos después de la guerra. Murió unos días antes del encuentro que habíamos pactado. Me llamó desde un spa en Alemania, donde estaba recuperando la salud. Hasta donde sé, murió de muerte natural. Pero no estoy seguro. En *La tabla periódica* lo dejé sin definir adrede... para que el lector quedara en la duda, como yo.

Hábleme de Lorenzo, el hombre que le daba comida.

–El caso de Lorenzo es diferente. Era un hombre sensible, casi analfabeto, en realidad una especie de santo. Cuando lo encontré en Italia después de la guerra me dijo que no solamente me había ayudado a mí. Ayudó a tres o cuatro prisioneros sin decirle a ninguno de ellos que estaba ayudando a los otros. Imagínese, casi nunca hablamos. Lorenzo era un hombre muy callado. Rechazaba mi agradecimiento. Casi no respondía a mis palabras. Se limitaba a encogerse de hombros. "Tome el pan. Tome el azúcar. Cállese, no tiene necesidad de hablar." Después, cuando traté de rescatarlo a mi vez, fue difícil llegar a él, hablarle. Era... muy ignorante, casi iletrado, apenas sabía escribir. No era religioso; no conocía el Evangelio, pero instintivamente trataba de rescatar gente, no por orgullo, no por gloria personal, sino por buen corazón y por comprensión humana. Una vez me preguntó, muy lacónicamente: "¿Para qué estamos en el mundo si no es para ayudarnos unos a otros?". Punto. Pero temía al mundo. Después de ver morir gente como moscas en Auschwitz ya no podía ser feliz. No era judío, tampoco prisionero. Pero era muy sensible. Cuando volvió a su casa empezó a beber. Fui a verlo –vivía cerca de Turín– para instarlo a que abandonara la bebida. Había dejado su trabajo de albañil y, como era alcohólico, se dedicaba a la compraventa de hierro viejo. Se bebía cada lira que ganaba. Le pregunté por qué y me dijo abiertamente: "Ya no me gusta vivir. Estoy harto de la vida... Después de ver esta amenaza de la bomba atómica... creo que ya lo he visto todo...". Había entendido muchas cosas, pero ni siquiera se daba cuenta de dónde había estado: en lugar de "Auschwitz" solía decir "Au-Schwiss", como Suiza. Su idea de la geografía era confusa. No podía descifrar un horario de trenes. Se emborrachaba y dormía en la nieve, completamente ebrio de vino. Enfermó de tuberculosis. Lo mandé al hospital. Pero como no le daban vino, escapó. Murió de tuberculosis y de alcohol. Sí. En realidad fue un suicidio.

Dicen que Heinrich Böll afirmó que una de las razones por la que los alemanes permitieron el holocausto fue que eran muy respetuosos de la ley; que la acataban ciegamente. Una de las cosas que usted dice de los italianos es que no respetan la ley.

–Sí. Esa es la diferencia principal entre el fascismo italiano y el fascismo alemán, los nazis. Nosotros solíamos decir que el fascismo era una tiranía suavizada por nuestro desinterés general hacia las leyes. Y era así. Muchos, muchísimos judíos italianos fueron rescatados gracias a eso. Cuando las leyes son malas, es bueno no respetarlas. En términos generales, no hay xenofobia en Italia. Después de haber visto lo que pasa en el mundo, en Europa y otros lugares, no lamento ser italiano. Por supuesto que conozco muy bien nuestros defectos. Jamás hemos podido tener una clase política merecedora de ese nombre. Nuestro gobierno es débil, para nada sólido; tenemos corrupción. En mi opinión, nuestras enfermedades más serias son la educación y la política de salud, lo cual es terrible. La clase docente está compuesta por hombres y mujeres de cuarenta años que participaron del levantamiento de 1968, y muchos de ellos no estudiaron, no se especializaron en nada. ¿Cómo se puede enseñar sin haber aprendido? Rechazaron la cultura en nombre del activismo, la aventura, las peleas, la política, etc. Ahora constituyen la mayoría de la clase docente. Los alumnos sufren las consecuencias. Sus libros de texto son terribles.

Advierto en su obra, e incluso cuando hablamos, que a pesar de las cosas que le han pasado usted no manifiesta animosidad ni odio.

–Es una cuestión de hormonas naturales. En situaciones en que hubiera debido enojarme, con mis hijos por ejemplo, cuando eran chicos y hubiera sido útil tener un arrebato de ira para impresionarlos, bueno, jamás pude hacerlo. No es una virtud, es un defecto. Muchas veces me han elogiado por mi falta de animosidad hacia los alemanes. No es una virtud filosófica. Es el hábito de manifestar la segunda reacción, no la primera. Entonces, antes de permitirme un arrebato de ira empiezo a razonar. Y generalmente prevalece la razón. Eso no significa que esté preparado para perdonar a los alemanes, no lo estoy. Y preferiría –aunque soy italiano– que la ley prevaleciera sobre el resentimiento personal. Me alegré cuando Eichmann fue capturado, llevado ante el tribunal y ejecutado... aunque me opongo a la pena de muerte. En ese caso estuvo bien. No tuve la menor duda. Pero si le dijera que odiaba a Eichmann, le mentiría. Mi primera reacción fue tratar de entenderlo. Hace dos meses mi editor me pidió que escribiera el prólogo a un libro de Rudolf Hess. ¿Sabe quién es? El comandante de Auschwitz. En mi opinión se trata de un libro de primera categoría. Escribí algo que decía más o menos así: "Generalmente, cuando a un escritor le piden el prólogo de un libro es porque ama ese libro, porque piensa que ese libro es bello. Y bien, querido lector, este libro no es bello. Yo no lo amo, lo detesto. Pero es un libro muy importante porque enseña cómo un hombre normal puede ser pervertido por un régimen hasta llegar a convertirse en asesino de millones. Hess tuvo en realidad una juventud difícil... fue obligado a combatir a los *fedayines* en Irak durante la Primera Guerra Mundial. No obstante, estaba hecho de la misma sustancia que usted y yo. De sustancia humana. No había nacido criminal. no era extraordinario. Estaba hecho de materia humana común y corriente. Pero al entrar en ese canal de nacionalismo y posteriormente recibir una educación nazi, su formación lo convirtió en un *Jasager*... el que siempre dice Sí. El que respeta ciegamente la ley. Böll tenía razón, Hess era un alemán típico. En aquella época no le importaba si la ley coincidía con las palabras de Hitler y Himmler. Afirmó con toda sinceridad que para él y sus compañeros alemanes hubiera sido imposible rechazar una orden de Himmler. Eso era impensable. Estaban entrenados para cumplir puntualmente cualquier clase de orden... no para juzgar su contenido. Sólo para obedecerla".

¿En Auschwitz tuvo contacto con judíos griegos?

–Sí, y pudimos entendernos porque ellos hablaban ladino y yo italiano. Los ánimos estaban caldeados porque había muy pocos sobrevivientes de la deportación de Salónica, ocurrida dos años antes. Los sobrevivientes eran taimados. No tenían escrúpulos. Para sobrevivir es importante no ser demasiado amable ni demasiado suave. Ellos no eran para nada suaves. Eran cocineros o carpinteros. No eran gente muy confiable, pero teníamos algo en común: no hablar idish. Por eso había un atisbo de solidaridad entre nosotros. ¿Ha leído mi libro *El redespertar*? ¿Recuerda a Mordo Nahum? Mis sentimientos hacia él eran contradictorios. Lo admiraba porque era un hombre capaz de adaptarse a cualquier situación. Pero, por supuesto, era muy cruel conmigo. Me despreciaba porque no podía arreglármelas. Porque no tenía zapatos. Me dijo: "Recuerda, en la guerra lo primero son los zapatos y lo segundo es comer. Porque si tienes zapatos puedes robar y correr. Pero tienes que tener zapatos". Sí, le respondí, bueno, tienes razón, pero ya no hay guerra. Y él me dijo: "*Guerra hay siempre*". Siempre hay guerra. ∎

VERANO 12 / JUEGOS

GRILLAS DE MENTE

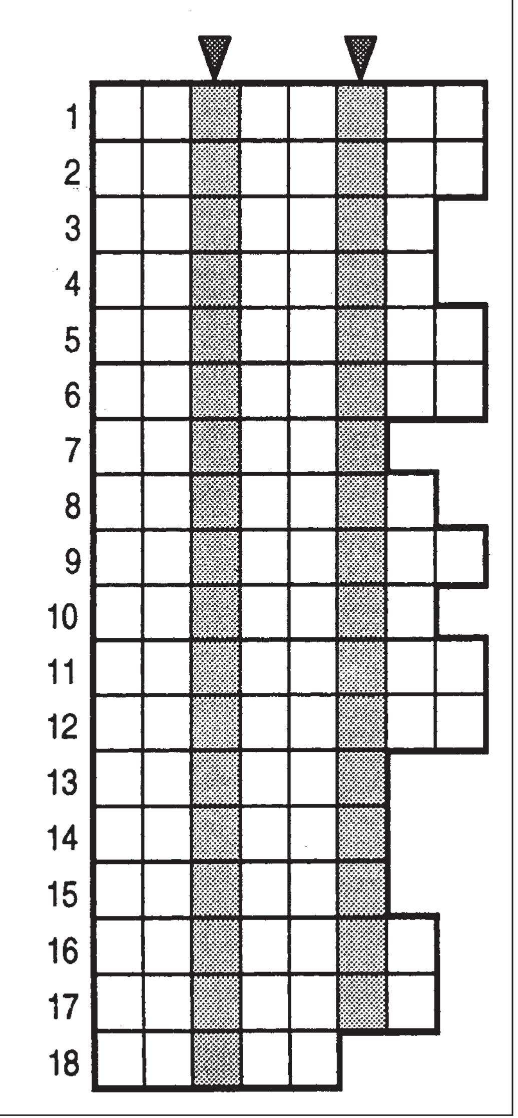
Encuentre las palabras definidas, ayudándose con la lista de sílabas que figura al pie, y escríbalas en el esquema. Al terminar podrá leer, en las columnas señaladas, una frase del poeta que encabeza la página.

DEFINICIONES

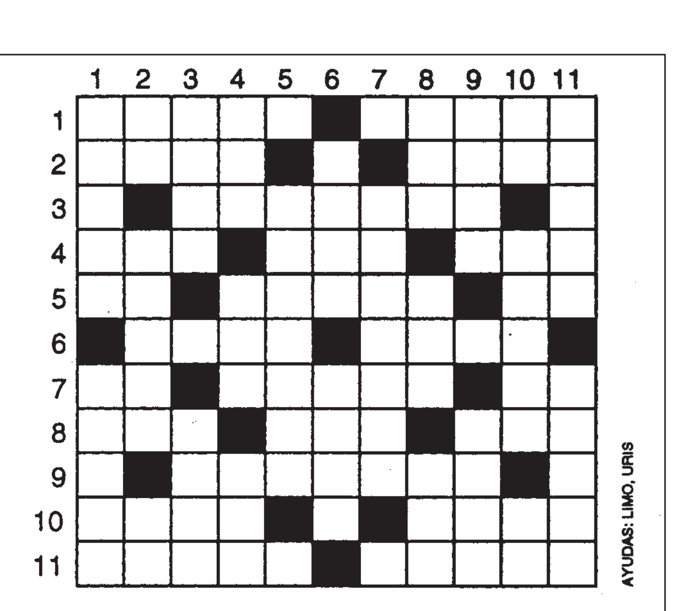
1. Disección, examen anatómico del cadáver.
2. Capital de Paraguay.
3. Deseo de algo.
4. Formar arrugas.
5. Que quema.
6. Fracción brevísima de tiempo.
7. Conjunto de uvas.
8. Arte y ciencia de navegar.
9. Pena, aflicción.
10. Plantío de bananos.
11. Relativo a la matrona.
12. Embestir.
13. Cada una de las piezas que forman la corola de una flor.
14. (Johann Wolfgang) Escritor alemán, autor de "Werther".
15. Palpar, tocar.
16. Prestar atención.
17. Inclusive.
18. Planta de fruto rojo suculento y fragante.

LAS PALABRAS SE FORMAN CON ESTAS SILABAS

A, a, a, a, a, a, au, ba, ca, ci, ción, clu, co, der, fre, gar, Goe, gu, he, in, ins, lo, ma, man, mar, me, mo, na, nal, nal, náu, pe, pé, que, ra, ra, rru, sa, sia, so, sun, ta, tan, tar, te, te, the, ten, ten, ter, ti, ti, to, top, tro.



CRUCIGRAMA



HORIZONTALES

1. Probar, degustar./ Elemento radioactivo de símbolo (Rn).
2. Veloz, desenvuelto./ Lodo, barro.
3. Parecido a la rosa.
4. Sufijo: tumor./ Manto de los beduinos./ Astro rey.
5. Afirmación./ Pinta de azul./ Segunda nota musical.
6. Colorado./ Magneto.
7. Apócope de mamá./ Hago nudos./ Contracción.
8. Argolla./ Altar./ Temporada.
9. Arrogancia, orgullo.
10. Suave, blando./ Hembra del toro.
11. Arbol betuláceo./ Caer dando vueltas.

VERTICALES

1. Cables, cuerdas. / Red.
2. Símbolo de la plata./ Observar./ Artículo.
3. Historieta, comic./ Objeto Volador No Identificado.
4. Papagayo./ Desluce, maltrata./ Vocal en plural.
5. Condimentan.
6. Prohibición religiosa./ (León) Famoso escritor norteamericano, autor de "Exodo".
7. Cualidad, calificación.
8. Cerveza inglesa liviana./ Patrón./ Terminación añadida a los números cardinales.
9. El Todopoderoso./ Tiempo de la vida.
10. Símbolo sánscrito del brahmanismo./ Adornar./ Calcio.
11. Hijodalgo./ Limpiar con agua.

TRISILABOS

Descompusimos en sílabas algunas palabras y colocamos la primera sílaba de cada una de ellas en la columna I; la segunda en la II y la tercera en la III. Reconstruya las palabras originales

I	II	III
CAS	ME	DA
COR	NA	GO
GRA	NE	MA
GRU	PA	NO
MAN	TE	RO
SIN	TI	TA
SOL	TO	TE
ZAR	ZA	ZO



SOLUCIONES

grillas de mente

1. AUTOPSIA / 2. ASUNCION / 3. APETITO / 4. ARRUGAR / 5. QUEMANTE / 6. INSTANTE / 7. RACIMO / 8. NAUTICA / 9. AMARGURA / 10. BANANAL / 11. MATRONAL / 12. ACOMETER / 13. PETALO / 14. GOETHE / 15. TENTAR / 16. ATENDER / 17. INCLUSO / 18. FRESA.

"Tú eres cuanto te necesitan, no cuánto eres."
Antonio Porchia

crucigrama

trisílabos

Castigo, corneta, granada, grumete, manzano, síntoma, soltero, zarpazo.

